



Homo Vegetus

El presente documento ha sido transcrito y editado por el equipo de Homo Vegetus,

<http://www.homovegetus.cl>

El que dispone de una plaza de abono en el teatro, no piense que va a perder algo por hacer uso de ella sólo cada dos semanas. Se lo garantizo: saldrá ganando.

El que está habituado a ver cuadros en serie, haga la prueba, si todavía es capaz, de permanecer una hora o más delante de una obra maestra y darse por satisfecho para aquel día. Saldrá ganando.

Pruebas similares podrían hacer el lector empedernido, etcétera. El lector se sentirá molesto, alguna vez, al no poder comentar alguna novedad. Alguna vez provocará sonrisas. Pero pronto será él quien sonreirá y sabrá a qué atenerse. Y el que no pueda fijarse limitaciones en otros terrenos, pruebe la costumbre de acostarse a las diez, al menos una vez por semana. Quedará maravillado de la espléndida compensación que recibe por esta pequeña tregua en tiempo y en placer. Con el hábito de la moderación se encuentra estrechamente vinculada la capacidad de goce para las "pequeñas alegrías". Pues esta capacidad, que originalmente es innata en toda persona, presupone ciertas cosas que en la vida moderna están atrofiadas y se han volatilizado, a saber, un cierto acopio de serenidad, de amor y de poesía. Estas pequeñas alegrías, que le son regaladas al pobre de un modo particular, son de tan poca apariencia y se hallan tan desparramadas en la vida cotidiana, que los sentidos embotados de innumerables trabajadores apenas llegan a percibirlas. No llaman la atención, no son apreciadas, no cuestan dinero (paradójicamente, ni los pobres saben que las más bellas alegrías son siempre las que no cuestan dinero).

Entre estas alegrías están en primer lugar las provenientes de nuestro contacto diario con la naturaleza. Especialmente nuestros ojos, estos ojos tan maltratados, tan sobrecargados, del hombre moderno pueden ser, si queremos, fuente inexhausta de delicias. Cuando yo salgo por la mañana a mi trabajo, diariamente caminan junto a mí o me salen al paso muchos otros trabajadores que acaban de saltar de la cama y marchan rápidos y ateridos por la calle. La mayoría caminan con prisa y tienen los ojos fijos en su itinerario o, a lo sumo, observan el vestir y la cara de los transeúntes.

¡**Alzad** la cabeza, amigos! Haced un esfuerzo para mirar...un árbol o al menos un trocito de cielo. No será un cielo límpido y azul, pero de alguna manera se puede siempre percibir la luz del sol. Acostumbraos a mirar al cielo cada mañana, por un momento, y sentiréis de pronto el aire en torno vuestro, el fresco matinal que se os regala en ese intervalo entre el sueño y el trabajo. Encontraréis que cada día posee su luz y cada alero de tejado su encanto especial. Demoraos un poquito en la contemplación, y proveeréis para todo el día de un mínimo de bienestar y de comunión con la naturaleza. Paulatinamente se va educando el ojo, sin esfuerzo, para servir como mediador de muchas pequeñas sensaciones, para la contemplación de la naturaleza, de las calles, para captar la gracia innumerable del diario acontecer. De ahí hasta la visión educada para el sentido artístico resta sólo el trecho más corto del camino; lo principal es el comienzo, el abrir los ojos.

Un trozo de cielo, una tapia de jardín desbordada de verde ramaje, un brioso caballo, un hermoso perro, un grupo de niños, un rostro de mujer...son espectáculos que no debemos dejar escapar. El que se ha iniciado en este ejercicio es capaz de descubrir en la ruta diaria cosas preciosas, sin necesidad de perder un minuto de tiempo. Este ejercicio no fatiga nuestros ojos, sino que los fortalece y los renueva, y no sólo ellos salen ganando. Todas las cosas poseen una faceta bella, aún las cosas feas o desprovistas de interés; sólo hace falta saber mirar.

Vivir cada día el máximo posible de pequeñas alegrías y reservar los goces mayores y más fatigosos para los días solemnes y los buenos momentos, es lo que yo aconsejaría a todo el que padece de desazón y falta de tiempo. Son las pequeñas alegrías, y no las grandes, las que nos sirven para el descanso, la liberación y el relajamiento de cada día.



De "Pequeñas Alegrías", Alianza Editorial, 1979.